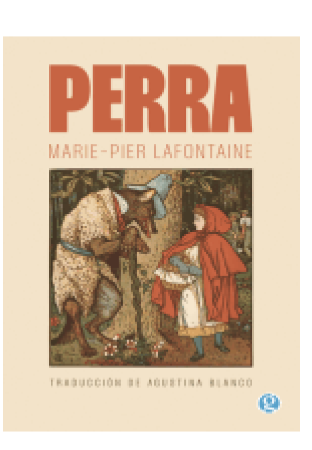


PERRA
MARIE-PIER LAFONTAINE
TRADUCCIÓN DE AGUSTINA BLANCO

PERRA

MARIE-PIER LAFONTAINE

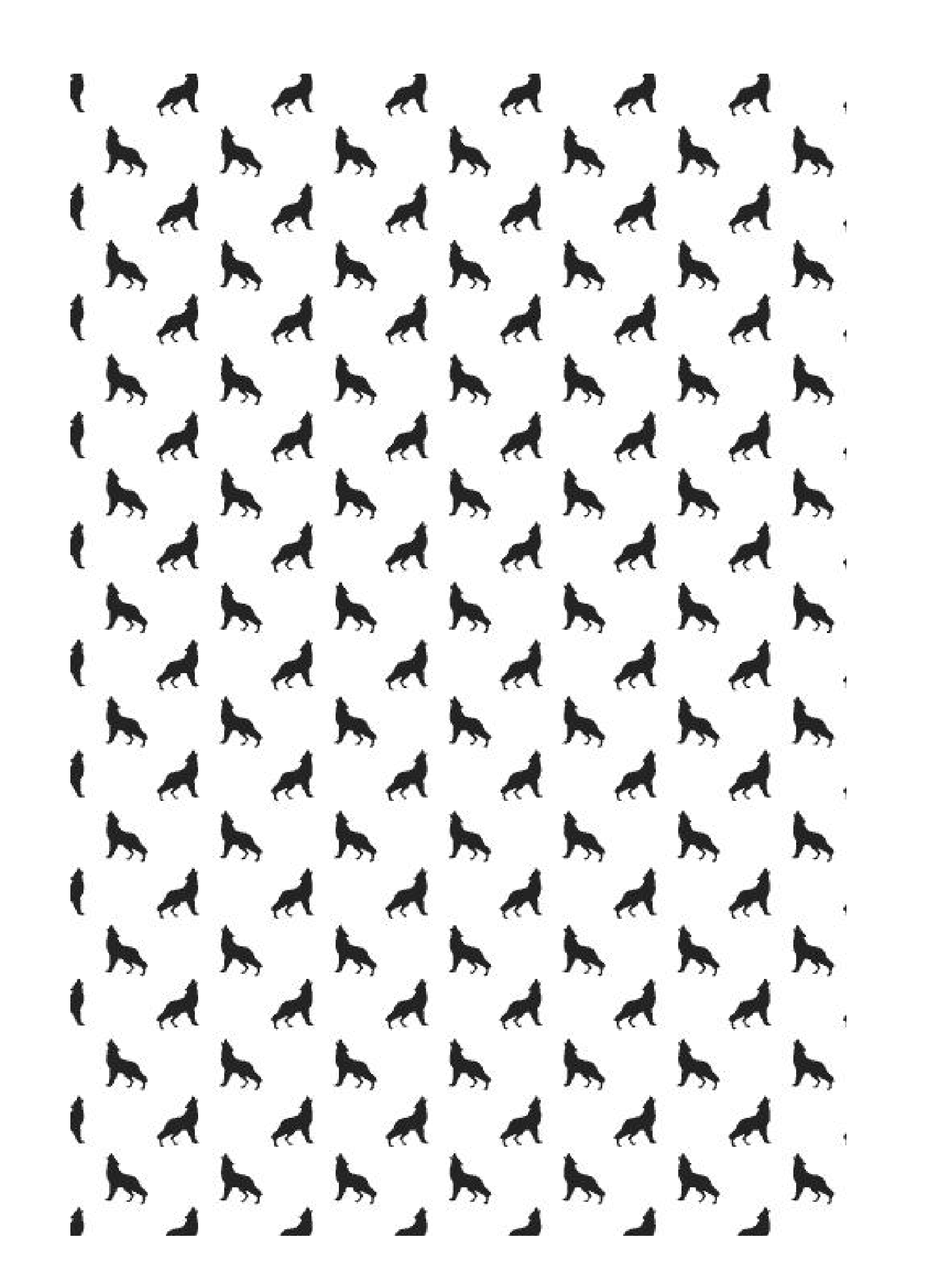


TRADUCCIÓN DE AGUSTINA BLANCO



Acerca de Marie-Pier LaFontaine

Marie-Pier Lafontaine nació en 1988 y vive en Montreal. En 2020, Su primer libro, Chienne, fue finalista en Canadá de los Premios literarios Gouverneur genéral y CALQ (Consejo de las artes y las letras de Quebec). En Francia, ganó el premio Sade 2020. Armas para la rabia y Perra son sus primeras traducciones al castellano.





Página de legales

Lafontaine, Marie-Pier

Perra / Marie-Pier Lafontaine. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Agustina Blanco.

ISBN 978-987-8928-63-0

1. Literatura Francesa. 2. Literatura Contemporánea. I. Blanco, Agustina, trad. II. Título.

CDD 840

ISBN edición impresa: 978-987-8928-62-3

© Héliotrope, 2019 Edición publicada de acuerdo con Éditions Héliotrope y sus agentes designados Books and More Agency #BAM, París, Francia y la Agencia Ella Sher, Barcelona, España. Todos los derechos reservados.

Derechos mundiales en español.

Título original Chienne (2019)

Traducción Agustina Blanco

Corrección Lorena Vargas

Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

Ilustración de Marie-Pier Lafontaine Max Amici

© Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Facebook.com/EdicionesGodot

Twitter.com/EdicionesGodot

Instagram.com/EdicionesGodot

YouTube.com/EdicionesGodot

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

República Argentina, enero de 2024

Perra

Marie-Pier Lafontaine

Traducción

Agustina Blanco



Índice

Tapa

Copyright

Portada

Dedicatoria

Perra

Lista de páginas

9

10

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

Landmarks

Tapa

Página de legales

Portada

Índice

Dedicatoria

Contenido principal

Colofón

Notas al pie

Dedicatoria

A mi hermana,

Nosotras dos contra el resto del mundo.

Entre todas las leyes del padre, había una de índole fundamental: no contar.

De niña, disimulaba mis deseos en textos de ficción. Dos hermanas en fuga. Perseguidas por un monstruo de dos cabezas. Huían por sombríos bosques. Se armaban con ramas, palos. Hoy ya no escondo mis deseos. Quisiera que este texto diezmara a mi familia toda.

Si papá dice ladrá. Yo ladro. Si papá dice traé. Yo traigo. Si papá dice lamete la pata. Yo me lamo la pata. Si papá dice olele el culo a tu hermana. Yo le huelo el culo a mi hermana. Si papá dice revolcate lomo contra el piso, perra mugrienta. Yo me revuelco lomo contra el piso y en perra mugrienta me convierto. Si papá dice mordisqueá el zapato. Yo mordisqueo el zapato. Si papá dice comé tus excrementos. Yo como mis excrementos. Si papá dice mordete la cola, conchuda. Yo me muerdo la cola y en conchuda me convierto. Si papá dice gruñí. Yo gruño y recibo una patada así aprendés perra mugrienta a gruñir después que yo, así aprendés. Papá también dice a los animales hay que tenerlos atados con una cadena. Si me niego a dar vueltas carnero, a comer galletas en forma de hueso, a obedecer a los dame la patita, él saca la correa.

Al padre le encanta jugar. Los juegos lo excitan. Las estratagemas elaboradas le agradan a más no poder. Le hacen doler los testículos. Estirar los límites de lo prohibido le demanda mucho ingenio. Cómo abusar de sus hijas sin penetrarlas.

Sacude un collar. Se golpea la pierna. Acá, acá. Me dice a menudo el padre. Demasiado a menudo. Si de ser perra mugrienta se trata, más vale serlo a morir. Una perra mugrienta camina en cuatro patas. Todo el día. Trae la pelota en el hocico. Le lame los pies. Una perra mugrienta. Las rodillas sangrando. Come debajo de la mesa en un bol. Sus sobras frías de la noche anterior. Una perra mugrienta no habla. Anda sin ropa. Se aguanta los golpes en las costillas. Una perra mugrienta orina en un rincón. Sobre el papel de diario. Una perra mugrienta apoya la cabeza entre los muslos de su amo y se deja acariciar.

Obligarme a jugar a la perra es la mejor manera que encontró para que yo me arrastrara desnuda a sus pies.

La madre participa en el incesto. Apoltronada delante del inmenso televisor del living. Le pide a mi hermana. Mejor dicho, le exige. En esta casa nadie pide. Es imposible negarse a lo que sea. La madre, rabiosa: andá a mi cuarto. En el ropero están mis camperas. Traeme una, traeme. Este rancho está helado. Mi hermana sube la escalera. Oye en sordina el ventilador del baño. El ruido del agua que corre. Abre la puerta del cuarto sin golpear porque cree que el padre está bajo la ducha. Camina hasta el fondo de la habitación. Desliza la puerta corrediza. Las camperas cuelgan de las perchas. A cada lado del cerdo. Desnudo. Pajeándose la excrecencia en el placar. Su verga húmeda escupe. En el momento exacto en que su hijita queda inmóvil de estupor. El padre gruñe. Gime. Se retuerce.

La correa es de cuero marrón. Estropeada por las huellas de mis dientes. La guarda en el mismo cajón que sus cinturones y sus películas pornográficas. Le resulta más práctico almacenar todas sus fantasías en el mismo lugar. El padre se masturba pensando en las venas reventadas de mis ojos. Eyacula de solo pensar en las marcas rojas alrededor de mi garganta. Para qué otra cosa sirven las arterias carótidas sino para ser comprimidas hasta la asfixia. Hasta que las luces se difuminen. Mis desmayos saturan su sexo. Tira de la soga. Me estrangula. Me arrastra por el suelo. Todos los días, el padre palpita de semen bajo mis mudos sollozos. Me sofoco, pero no suplico. En mi lengua no hay más saliva.

La madre habla de cómo se conoció con el padre. Ella tenía quince años; él, veinticuatro. Él tenía una casa y una esposa. Ella vivía en lo de sus padres y tenía acné. Las casas eran vecinas. Una noche, él le agarró la mano a la fuerza. En la calle. La besó. Sos muy linda mina, no me puedo contener. La condujo hasta el cuarto de él. La penetró. Ella le pidió que cerrara los ojos mientras que, desnuda, se limpiaba la sangre en el baño. Él no le hizo caso, obviamente. Y a los dieciséis años de ella, la arrancó de su familia. La exilió a otra ciudad y la encerró en un departamento minúsculo. Ella dejó los estudios. A los dieciséis años, mi madre fue secuestrada.

Podré relacionarme con un hombre el día en que no tenga más nada que pueda serme arrebatado o robado. El día en que esté vacía de cualquier forma de humanidad, desensibilizada frente al dolor y al roce de las pieles, podré decirle a un hombre, plenamente segura, te amo.

Si no escribo lo que ocurrió cuando yo tenía ocho años, tal vez lo que ocurrió cuando yo tenía ocho años jamás haya sucedido.

La infancia no existe. Existen el miedo a la oscuridad, las heridas por el frío y los lobos.

Al padre le encanta hacernos saber que piensa en nosotras cuando eyacula. Se las arregla siempre para que lo oigamos.

Nos repite sin cesar ustedes son como su madre, son. Por cualquier cosa. Tres versiones de un mismo miedo frente al cual verter su saña. El padre querría que cada movimiento pélvico nos violara a todas a la vez. Querría oírnos chillar desde nuestros cuartos. Querría. Con cada movimiento pélvico. Sabernos sangrientas y jadeantes. Se imagina a sus tres mujeres con el rostro sofocado por la misma almohada. Gimiendo a coro ante los ataques. Quizá sea eso una familia.

Todos los días, el padre pregunta. Con una voz muy fuerte. ¿Para qué sirve una niña? ¿Alguien podrá explicárselo? Para qué sirve, además de para fregar la casa. Además de ser el soporte de fantasías prohibidas. Además de llorar. Si serás cagona carajo mocosa chillona lloriqueás por cualquier cosa. Él va a decirnos para qué sirven las mujeres. Para nada. ¡Inútiles! Pero ¿qué habrá hecho él para merecer esto? Quizá si hubiera montado a la madre sobre la mesa de la cocina. En lugar de hacerlo delante de la chimenea. Quizá si hubiera sido más brutal, si se la hubiera cogido por atrás, si la hubiera agarrado por sorpresa.

En este momento preciso. Hay. En algún lugar del mundo. Una chiquita apelotonada. Conmocionada por la imagen de su padre muerto. A la sombra de su velador o bajo unas mantas, imagina a su papá con los brazos en cruz. Su cabeza le retumba: y si. Y si papá reventara en el camino de vuelta. Y si un camión de dieciocho ruedas se llevara puesto su auto. Y si se le descompusiera el motor al cruzar las vías. Hagan que un tren lo atropelle, lo aplaste, lo demuela. Y si su carcasa es arrasada por la chapa, la chatarra. En cada país del mundo. Al menos una niña está jugando otra vez a la congoja. ¿Qué pasaría si? Chasquido de un fósforo: explota la estación de servicio. ¿El esqueleto calcinado olerá a cerdo braseado? Y ahora los frenos no funcionan. La pared de la casa en la parte baja de la costa le fractura el cráneo. La ventisca lo azota, lo hace tambalear. Las ruedas se deslizan sobre el lago. El hielo de la pista de patinaje se resquebraja. Ahogamiento. Y si un volantazo bloqueara el cuerpo de papá entre un pequeño muro y la palanca de cambios. Las herramientas para evacuar a las víctimas solo manipulan cadáveres. La infancia derrapa en loop. Con sus fantasmas de lesiones y fracturas. Pero esas ansias de muerte tienen su utilidad. No importa lo que digan al respecto, yo sé que sirven para adentrarse en el ejercicio de las lágrimas. Para que el día en que por fin acontezca el accidente, la chiquita pueda fingir el duelo tan bien como la madre. De pie cerca del cuerpo, con un ramo de flores en la mano.

Los golpes a intervalos regulares sirven para medir la resistencia de nuestros tejidos. Esos golpes a intervalos regulares ponen a prueba nuestros nervios. ¿Cederán estos? Al padre le encanta sentir ese instante de desplome del ser. Ese momento en que el dolor acalla la voz, en que ya no cruje otra cosa que carne y músculos. Ese tipo de latidos acompasan nuestras pesadillas. Una vez que anochece, las sombras se sincronizan entre sí. Pero la ventaja principal es que entre golpes tan cadenciosos nuestros miedos permanecen asustados. No queda más que tristeza, no queda más que dolor físico.

Los alaridos se detienen. El padre sale del cuarto de mi hermana. Carraspea. Sus pasos resuenan hasta la otra punta del pasillo. Va al encuentro de la madre.

El miedo nos fue inculcado incluso antes de la palabra que lo nombra. Recuerdo una sensación difusa. Un picoteo bajo la piel. El miedo moviliza la sangre que corre por las venas del corazón. Congela la extremidad de los dedos de la mano y del pie. En los acelerados latidos del órgano, la atención se dirige, se clava en el padre. La elección de sus palabras, la entonación de la voz, ¿sus puños están abiertos o cerrados? Porque eso cambia todo. Los pulmones se olvidan de expirar. Retienen el aire, lo comprimen en pequeñas burbujas de asfixia. Los pómulos se inflaman. Caldos rojos de vergüenza. Vergüenza de rendirse, una vez más. Los músculos se endurecen uno a uno. Principalmente detrás de la nuca, cerca de los hombros. Siento que la energía se quema, consume sus reservas. Incluso pestañear exige una cantidad de esfuerzo desmesurada. Los movimientos espontáneos de deglución cesan. Los gemidos no salen de la garganta. Se atoran. Vibran y chocan, pero quedan en el cuerpo. Negarse a dejar que el terror te asedie los huesos es agotador.

Los dolores, mamá, son lo peor. Tienen tentáculos. Se sienten hasta en el corazón. Silban en el fondo de la cabeza. Esos malvados dolores vuelven a abrir la fontanela. La parte de arriba del cráneo. En forma de rombo. Espacio recién nacido que sutura la infancia. Los dolores, mamá, hieren hasta las geometrías del nacimiento. El cráneo se vuelve a abrir en el baño del segundo piso. La madre sentada en el borde de la bañadera. Cepilla nuestros cabellos con ira. Nudos de varias semanas. Los escondimos debajo de otros pelos. Los cepillazos, su brutalidad. Sus suspiros nos dan a entender, a mi hermana y a mí. La próxima vez, nos rapa.

Dicen que tenerle miedo a una violación es algo normal. Que la mera idea aterroriza a cualquier mujer. A mí la violación no me asusta en absoluto. Recibí suficientes golpes, odio y escupitajos como para no temblar ante la posibilidad de un contacto no deseado. Mi cuerpo fue tantas veces maltratado, mis huesos golpeados, que mi carne fue vaciada de su sacro. Mi cuerpo fue purgado de sí mismo. Sus terminaciones nerviosas ya no conducen a ninguna parte. Devino en un objeto como cualquier otro. Una bolsa de vísceras y tripas de la cual los hombres pueden echar mano sin que me ofenda. Pasaron sobre mí, me destriparon hombres en cantidad suficiente como para no temer ser violada. Ahora puedo caminar libremente por la calle.

El padre se nutre de nuestros miedos. Se esconde detrás del sofá. ¡Bu! En la sombra de los placares. ¡Bu! Entra en la habitación y se escabulle debajo de la cama. Cuando me bajo la bombacha floreada. ¡Bu! Acecha del otro lado de la puerta. En el momento en que la canilla suena. En el momento en que alguna de sus nenas está desnuda bajo el vapor caliente. ¡Bu! Entra por sorpresa. Siempre por sorpresa. Mis pechos están al aire. ¡Bu! Da un puñetazo sobre la mesa. Nuestros hombros se sobresaltan. Cierra de un golpe la puerta de la heladera, del cuarto, de entrada, del auto. Cachetea a su mujer. Los cuchillos, los zapatos, un martillo vuelan por encima de nuestras cabezas. Una vez también el gato. Todos los días, el ogro se come nuestros gritos.

Quisiera escribir aquella vez que casi me mata. Que perdió el control. Como si todos los demás días se hubiera controlado. Era una cuestión de sangre. Frenar antes de que la sangre corriera. Eso era lo que significaba, en mi familia, estar en control.

Alaridos. Luces apagadas. Es de noche. Mi hermana está del otro lado de la pared, en su cuarto. Mi padre la está castigando. Mis manos apretadas contra mis orejas. Todavía oigo los gritos. Se multiplican, se arquean en el sonido. El padre no para. Hasta tanto no haya tenido su dosis. Y eso que mi hermana y yo sabemos perfectamente que gritar no lo repele. No impide los golpes ni las heridas. Gritar sin vendas no clausura los dolores. Gritar no alivia nada. El padre corrige. El padre endereza. A puñetazos. Cinturón, espátula o palo. Mi hermana aúlla fuerte. El padre apalea aún más fuerte. Gritar tampoco alerta a la madre. La madre está acostada, sorda de ambos oídos. En la otra punta. La otra punta del pasillo.

En mi familia está prohibido llorar. Llorar justifica de manera diferida los golpes recibidos. Delata la propia culpa. A menos que el padre considere que estamos llorando por nada. En ese caso llorar justifica los golpes por venir. Porque en esta casa hay que llorar por algo. La mano en alto yo te voy a dar una razón para rabiar, te voy a dar. Más vale nunca dejarse llevar. Es más seguro.

El cuero del cinturón está gastado. Su color original se destiñó. Se opacó con el correr de los años. Como herido. En su extremo hay estrías decoloradas. Trozos de piel descamados. Arrancados. El cinturón es largo. Suficientemente largo como para dar tres vueltas completas alrededor de un puño cerrado. El cierre de metal hace tiempo que no brilla. Pero la punta del remache aún pincha. Puntiaguda como un clavo.

La hora de la cena. El padre saca un rollo de cinta adhesiva. Tengo que aplastar los hombros contra el respaldo de la silla. Mantener los brazos al costado del torso. Sobre todo permanecer inmóvil. Apoyar bien los tobillos contra los barrotes. El padre fija la extremidad pegajosa sobre uno de mis pechos. Apretando con el pulgar. Muy fuerte. La cinta debe adherirse bien a la tela de la ropa. Al padre le gusta presionarme el pezón. Hasta que yo haga alguna mueca. Las expresiones de dolor le agradan siempre. Pero ¿qué es lo que prefiere? Tocarme delante de la madre. Propasarse. Propasarse una vez más de los límites de lo prohibido. Demostrarle que ella no tiene ningún poder. Que el día en que decida violarnos, lo hará. De una buena vez por todas, ante sus ojos. Quiere que ella sepa que él elige no abusar de nosotras. En el país de los hombres, los lobos hacen lo que quieren.

Da una vuelta a la silla corriendo. Me ata. Prohibido cenar hasta que yo misma no me haya liberado. A eso le llama el juego de la momia. Nunca logro desprenderme. Saltarme una comida me tiene sin cuidado. Lo que me preocupa es la necesidad de orinar. No puedo apretar las rodillas. Mis tobillos están atados demasiado lejos entre sí. Cae la noche. Hace frío. Sola en la cocina. Va a olvidarse de mí. Mis dedos se entumecen. Un cansancio muscular en los hombros. Tengo ganas. Por la ventana veo pasar: uno, dos, tres, cuatro autos. Tengo ganas y duele, arde. Tendré doble castigo si le pido a la madre que me libere. Prohibido utilizar la empatía de la madre. Él dice que si no es hacer trampa. No puedo contenerme más. Se me moja el pantalón. Soy una chancha.

Si un día un hombre viniera a mí con el deseo de amarme, si me viera como una mujer, si tuviera por mí ansias de dulzura y caricias, ese hombre estaría falsificando la naturaleza misma de mi nacimiento y yo moriría.

La madre participa en el incesto. Sentada sobre su grasa, en la punta de la mesa. El padre la empuña, la toca, la agarra. Su mano abierta vuela de una teta a la otra. La izquierda es su favorita por ser la más grande. Mamá-Siempre-Llena-de-Semen debe pasar el tenedor por debajo de su brazo para poder comer. No vaya a ser que se lo plante en la mano. El pecho de mamá está libre de derechos. Al padre se le cae la baba. El padre nos habla. Aunque fueran putas las querría. Se pueden hacer putitas que las seguiría queriendo. Mis hijas putas, mis hijas perras. Guarras como la madre. Me caerían bien. ¡De rodillas! Chupen, y chuparán igual de bien. Papá Ogro pide. Traguen, y tragarán. A Papá Ogro se le para. Tiene que entretener sus manos.

De chica, tengo una mejor amiga. Es incestada. Por su abuelo. El padre de su madre, con la lengua y los dedos. La sienta en su falda. Le da dinero después. Me lo contó en la escuela. Durante el recreo del mediodía. La toquetea. ¿Por arriba o por debajo de la ropa? Eso cambiaba todo para mí. Primero uno, luego lo otro. Su respuesta quería decir que la cosa ya llevaba un tiempo. Su madre dijo si lo vuelve a hacer me lo decís. Su abuela dijo si lo vuelve a hacer me lo decís. Pero mi amiga me susurra es un secreto. Como las adultas saben lo de la lengua y los dedos, el secreto está en otra parte. Tiene que ver con otra cosa. Entonces me guardo para mí que la baba de su abuelo le da asco y que tiene feo sabor y que después él le murmura cosas. Pero sí le cuento a mi madre: el dinero, la falda, la lengua y repito toquetea. No confío en ella como para contarle el secreto. No se lo cuento a la asistente social de la escuela. Que formula las mismas preguntas. Varias veces. Tampoco se lo digo a la oficial de policía. Detrás de su escritorio. Que se ríe. Porque no sabe cómo se escribe toquetear. ¿Con i o con e? Ja, ja. Las palabras que usan los chicos. Mi madre y ella se miran. Recuerdo que tuve ganas de gritar t-o-q-u-e-t-e-a-r.

En el juicio, la fiscal me pide que relea el informe de esa policía. Finalmente puso una i. Debo contestar a las preguntas. El abuelo deja que otro hombre hable por él. Más fuerte, señorita. Y tiene que mirar al juez. El juez también es un hombre. Está bien, la oigo sin problema.

Conozco el juramento. Decir toda la verdad y nada más que la verdad. Lo juré. Pero no confío en el juez.

En el estrado.

La madre: Sí, a veces, cuentos de chicos.

La abuela: Masajes inocentes.

La fiscal: Entonces usted sabía, señora, lo que su marido le hacía.

El abogado de la defensa: Los niños mienten.

Yo: No digo el gusto del cigarrillo, el pegote, la joroba en el pantalón, él le da las gracias dándole dinero. Pero de todos modos, ese juez oyó una sola cosa: Los niños mienten.

Yo hubiera querido para mi hermana y para mí una madre de pie. Que cruzara los pasillos. Arrancara las puertas, encendiera las luces. Una que aullara más fuerte que el terror. Hubiera querido tanto una madre estridente. Una madre nuestra, para nosotras, para acunar nuestras pesadillas. La hubiera elegido con iris, tímpano y tambores. El enojo en persona. Sin líneas de fuga ni fatiga. Una mujer con el vientre lleno. Que bordea las noches sin estrellas. Nos habría conseguido amaneceres con facturas, colores y la luna. Habría acudido. Y yo le hubiera pedido que nos tomara de la mano. Para atravesar el mundo. Que nos cepillara el pelo, que impidiera la sangre. Pero muy bien sabemos mi hermana y yo. Desde hace mucho tiempo. Las madres no existen.

El padre adora poner a prueba nuestra docilidad. Sus reglas son claras. Prohibición de llorar bajo cualquier pretexto. Le pisa el pie a mi hermana con el auto. Por accidente. Se da vuelta. La mira subir al asiento saltando sobre un pie. Los cartílagos están rotos. Papá Monstruo enseguida cambia el ángulo del retrovisor interior. Para observar mejor durante los primeros minutos del trayecto. ¿El rostro crispado y rojo de su hija estará llorando? Otro día. Cierra la puerta del auto. Sobre cuatro de mis dedos. Por accidente, siempre. Mi mano libre choca contra el metal recalentado por el sol. Con frenesí, tiro de la manija. Él, de pie detrás de mí. Inmenso. Espía mi reflejo en el vidrio. Al acecho de algún mínimo aspaviento de mi parte. No te vas a poner a chillar por eso, ¿no?

La madre participa en el incesto. Acostada panza arriba en territorio paterno. Lecho con cabecera y piecera. Quizá esté atada. Quizá él la esté estrangulando. Como sea, su posición es sumisa. Y dolorosa. El padre transpirado se agita en los huecos de sus carnes. Ella no establece una relación entre el crujido del piso. Provocado por el peso de una niña que camina hacia su cuarto. Y el ruidoso orgasmo del cerdo. En el mismísimo momento en que la hijita pasa delante de la puerta cerrada.

Nuestros dolores excitan al padre. Mi hermana se fractura un dedo en la escuela. En la cena, la somete a un interrogatorio. Cabeza gacha. Dedo aplastado entre las almohadillas azules de una férula de metal. No respira. ¿Sentiste una quemadura o un pellizco? Decime nomá. En el momento del choque, ¿gritaste, eh? ¿Chillaste como una perra que está pariendo o como tu vieja cuando grita porque acaba? ¿Hasta dónde sentís el dolor? ¿Hasta la palma de la mano? ¿La muñeca? ¿Hasta dónde? ¿Dónde te presiona? Pobre cagoncita. Describime las puntadas, el golpe. Apretarte el dedo, m'hija, entre la pared y una pelota, hay que ser basura. Pero describile a papá la sensación. Nuestros dolores lo excitan tanto. No se puede quedar quieto. Se mueve sentado. Se retuerce. La cara en los cristales de la lámpara de techo. El padre intenta ocultar sus ojos brillantes de excitación. Detrás de unos jaja burlones. Se mofa más tiempo de lo necesario. El ogro cree más aceptable. Más digno. Reír los sufrimientos que eyacularlos. Entonces, para evacuar las tensiones en su bajo vientre, culmina su pesquisa con bromas. ¿Y la pared de ladrillos sintió algo? ¿A ella también le dolió?

Mi hermana no sobrevive a la infancia. Todavía la recorta en la piel de sus muslos. En sus muñecas. Se ejercita en el arte del suicidio valiéndose de hojas de afeitar y cuchillos. A los treinta años, le gustaría matarse en la casa familiar. Colgarse del ventilador del living. Espera que quien la encuentre sea mi padre. Cuerpo azulado, hinchado por la muerte, meciéndose tenuemente al ritmo de las aspas. Mi hermana quisiera que al momento de verla el padre tuviera esa erección nocturna. Todas las noches, el padre se levanta para ir a mirar pornografía. Ella se desnuda para él. Se entrega. Te regalo mi cadáver, papá, agarralo. Creo que mi hermana quiere que él sepa que se quitó la vida por él. Por amor. Que sepa que solo en la muerte ella podría amarlo. Espera que él la mire allí, muerta, ahorcada desfigurada, toda la noche. Hasta que apeste. Que el padre se tome el tiempo de recomponer ese discurso esquilmado desde nuestra infancia. Locas. Locas y mentirosas, mis hijas. El padre miraría su obra variopinta con vetas negras, resquebrajada. No estaría espantado ni triste, no. Demasiado avanzado en la psicopatía como para imaginarse el dolor o el desconsuelo del otro. Pero con toda seguridad miraría sus pechos. E inclusive si ella hubiera tenido valor, se habría rebanado las tetas y se las habría dejado sobre la cómoda. Una ofrenda.

Pero estaba demasiado urgida. Tan excitada con la idea de una venganza que en verdad no es tal. No del todo. Que se lo repitió a todo aquel que quisiera oírla. A eso se sucedieron ambulancia e internación. Yo no le habría impedido que fuera a pudrirse en el living. Jamás habría revelado su plan. La gente no sabe que cuando ya te mataron varias veces la muerte no tiene nada de trágico. Nada de dramático. Tal vez en el momento de alcanzarle la cuerda, yo, de pie en el suelo, y ella, trepada al sillón, tal vez en nuestros murmullos de pibitas tristes y rotas, tal vez habría yo logrado mentirle, decirle sin que las palabras se atoren en mi garganta que la más fuerte de las venganzas sería la vida.

El padre sale del cuarto de mi hermana. Su sombra oscurece la alfombra azul del pasillo. Camina hasta la pendiente de las escaleras. Los escalones crujen por su peso. Una puerta se abre, se cierra. Empiezo a respirar otra vez.

Quizá si se muere. Tragado por un oso, atropellado por un tren. Quizá si se cae de un duodécimo piso o si se ahoga en un lago. ¿Y si le rebanamos la cabeza con esa hacha que está ahí tirada, detrás de la casa? Cortémosle los frenos. Podríamos implorar que le cayera un rayo, conseguir veneno para ratas. Estrangularlo con la corbata. El cuchillo del pan bastaría para seccionarle la excrecencia, las venas y la lengua. Quizá si le pelamos la piel, nos comemos su corazón, quizá una vez que el cuerpo del padre esté putrefacto, la madre comenzaría a actuar como una madre.

Los hombres me quieren, siempre me quisieron, como se quiere a una perra. En cuatro patas. Con la lengua afuera. Nada de gruñir, nada de morder. Me lo dijeron. Con las falanges trabándome el cuello. Con un cinturón una vez. Me lo dijeron cientos de veces, esto te gusta ¿no? Maldita perra. Los hombres me quieren como quieren a sus perras. Por su fidelidad. Por la necesidad de que ellas se expresen cada día un poco más. Las perras se quedan. Se quedan pese a las patadas en las costillas, las bofetadas, los chirlos. Ellos saben que volveré. Que fingiré con convicción el placer en cada golpe sobre mis glúteos tensos. Pueden eyacularme en el fondo de la garganta asfixiada que de todos modos regresaré hacia ellos. A pedir un poco más. Todo por un contacto físico. Solo habito mi cuerpo en el dolor. Una vez que estoy tapizada de moretones, huellas de mordeduras, con los pezones doloridos. Me duele el sexo, en el interior de los muslos. Varios me desgarraron músculos por empecinarse en abrirme más. Siempre más. Vuelvo antes de que el dolor se desdibuje. Cuando los hematomas se ponen verdes. Veo que me estoy pudriendo, que me estoy estropeando, entonces regreso. Hacia otro, que se le parezca. Aquel querrá tirarme del pelo. Eyaculará al son del crujido de las vértebras de mi nuca. Aullará de placer ante mis jadeos de dolor. Solo en mi muerte pueden gozar. De mi muerte. Intuyen que soy una niña golpeada. Que no sé existir sino en la destrucción. Saben que solo en la intensidad puedo exhalar. Pausar mi desasosiego. Cada nuevo golpe me consuela un poco más de mi infancia.

Mi hermana y yo solo con tomarnos de la mano sabemos con certeza que sobreviviremos al padre.

Para castigar a una niña que se lastimó por su culpa. Por no obedecer. O hasta por imprudencia. Hace falta una madre. Esta debe retirar la piedrita con una pinza. Lavar la herida. Agua tibia y jabón. Desinfectarla. Mi madre guarda una botella de mercurocromo en el primer piso. En el botiquín detrás de las puertas espejadas. Segundo estante. Para castigar a una nena por haberse rasgado las medibachas. A la altura de la rodilla. La madre debe colocar una venda limpia y seca. Luego acercar sus dos pulgares. No es necesario que se toquen. Después tiene que apretar fuerte, muy fuerte sobre el redondel embebido de rojo. Se repite tanto como sea necesario. Con un solo pulgar tratándose de moretones, jorobas, frutillas y ojos morados. Idealmente, esperar, esperar antes de retar a la niña. A que su vértigo y su mareo se hayan disipado.

Muchas veces imagino que unos hombres en círculo a mi alrededor me dan una paliza. No experimento placer alguno. Ellos tampoco, debo decir. Lo hacen a pedido mío. Sin mosquearse ante el tenor de mi requerimiento. Como si se tratara de mantener mi puerta abierta. Mientras entro las bolsas con las compras del supermercado. A veces me golpean con palos. Otras, basta con los pies.

El padre repite a menudo ¡podrían hacerse prostitutas! ¡Podrían hacerse putas! Le encanta hacernos saber que su amor es condicional. Que va a arrancar el día que nuestro sexo esté en funciones. El padre quisiera, quisiera tanto vendernos a otros hombres. Dos cuerpos por el precio de uno. Si pudiera trocearnos. Desparramar los miembros por un salón rojo y cobrar la entrada. Lo haría. Las tetas seccionadas: en el rincón. La cabeza: acá. Solo falta abrirle los labios. La mandíbula fue previamente dislocada. Los glúteos: detrás de la cortina. Hay que lubricarlos. La pelvis: sobre la mesa, por allá. Los muslos deben estar separados. Al máximo. Para comodidad del público, también pueden atar los tobillos a los arneses. ¿La pared del fondo? Reservada para los invitados VIP. La más joven es la otra. Solo tenemos lo fundamental: labios, lengua, pezones y el ano abajo. Directamente ensartados contra la pared. El padre se desviviría por mirar cómo nos violan en cadena. Por fin sus hijas servirían para algo. Por fin nos amaría.

Ante la imposibilidad de matar al padre, me amputé su nombre. Guillotiné a secas ese trozo de él que me pisaba los talones adondequiera que fuera. Esperé el papel que oficializaba mi cambio de apellido como una paciente cancerosa espera su primer tratamiento de quimioterapia. Con la misma esperanza de sanación. El mismo desamparo.

Mi padre dice las chicas se caen. Mi madre repite. Las chicas se caen a la abuela. Las chicas se caen a la tía. Las chicas se caen a la escuela. Las chicas se caen a los vecinos. Es sabido. Todo el mundo está al tanto. Las dos chiquitas se caen, sí. Las nenas son torpes. Se tropiezan, trastabillan, se golpean. Todo el barrio lo sabe. Las nenas se raspan, se rasguñan, se mandan macanas. Se caen de la bicicleta. Les chingan a los escalones. ¡Casi se mata por un cordón desatado! Las estadísticas de niñas que se lastiman por su propia culpa existen. Por no hablar de las estadísticas de muerte. Me hubiera hecho caso. Le dije que no corriera por el balcón.

Al día siguiente de uno de los arrebatos del padre. Ante la visión de las ojeras irritadas de mi hermana o mías, la madre alza los ojos al cielo. Estos ruedan de exasperación. Hasta el fondo de su cabeza. Dice ¡si sos Aurore[1]

la nena mártir vos! Con mucho énfasis.

Quisiera escribir el modo en que mi madre relata sus agresiones. La banalidad del tono. Su falso enojo contra mi padre. Dice susto en lugar de terror. Nerviosismo en lugar de alarido. La agresión en la ducha debió aterrarla más que las demás. La oí contarla cientos de veces. Las semanas siguientes, se despertaba a los gritos en medio de la noche. Sin jamás atar cabos entre sus pesadillas y el hombre durmiendo a su lado. Luego del episodio, chequeaba varias veces por día si la puerta de entrada estaba bien trabada. Olvidando tal vez que su único potencial agresor tenía la llave. También dice mal chiste o me jugó una mala pasada. Es cierto que a fin de cuentas mi padre había hecho de la violencia un juego sádico. Minuciosamente orquestado. Siempre estábamos seguras de que íbamos a perder.

La vez de la ducha, la puerta de calle se cierra. Suena la traba. Su marido se va a trabajar, mi madre se está duchando. Cree que está sola en la casa. Varios minutos transcurren bajo el agua caliente. Una mano atraviesa la cortina. Una mano le agarra una teta. Un desconocido está en el baño. Se le aparecen imágenes de carnicería y de su propio cadáver. El eco de sus gritos. Su expresión paralizada. El padre debía tener una erección muy fuerte. Después de haber salido, rodea la casa. Escala la pared de piedra. Se eleva hasta el balcón del segundo piso. Una ventana de la habitación de ellos había quedado entreabierta. Previendo el ataque. El padre tomó el recaudo de quitarse los zapatos antes de internarse por el pasillo que conduce al baño. Caminaba en puntas de pie.

Aquella mañana. El padre llegó puntual al trabajo. Había programado su despertador más temprano. De forma tal de tener tiempo para violar a su mujer antes de ir a trabajar.

El padre quisiera clavar su excrecencia en el fondo de nuestras gargantas. La metería hasta la glotis. El juego consistiría en estrangularnos sin que vomitemos. Adoraría cubrir nuestras bocas de esperma viscoso. Por suerte, la madre le prohíbe violarnos.

Mi primer recuerdo de infancia. Es la hora del baño. Mi hermana y yo estamos una al lado de la otra rodeadas de agua caliente. El dedo de la madre se levanta, apunta de golpe hacia nuestros triángulos de piel. Mira nuestros sexos carnosos y sumergidos. Entre los islotes espumosos, pregunta: ¿Papá puede tocar el espacio mágico entre sus piernas? ¿Papá tiene permitido palpar o rozar el espacio mágico entre sus piernas? Papá, con o sin barba, ¿va a acariciar o a mimar el espacio mágico, papá? Dicen que la memoria surge del espanto. ¿Acaso Papá Rey, Papá Dios no tiene todos los derechos? Entre nuestros muslos, la madre se cansa. Nerviosa. Nos confiesa, a su pesar, que su marido quisiera ensartarnos, montarnos a ambas. Tiembla. A tan tierna edad, sus hijas ya están en peligro. Dos nenas fáciles de desvirgar. No, no puede. Me tienen que decir si pasa. Se lo prohíbe. Aquel día le prohíbe penetrarnos. La madre sabe muy bien que además de cocinar y abrir las piernas no sirve para gran cosa. Entonces si su marido llegara a cogerse a sus hijas, ¿para qué serviría ella? Al fin y al cabo, el padre puede encargarse comida hecha por delivery.

Hay toda una vertiente de la violencia que no me decido a escribir. Sería demasiado. Demasiada violencia en el mismo libro. Pensarán que exageré o mentí. Y todas las personas que me digan que exageré o mentí serán mi padre. Sentiré la urgencia, en cada oportunidad, de plantarles un cuchillo en la garganta.

La madre participa en el incesto. De pie detrás de la isla de la cocina. Se está dando un atracón de mayonesa. No oye los gritos de las dos actrices que salen por los parlantes del living. Cada una sodomizada por un palo. Hermanas en la agonía desgarradas de lágrimas. Delante de los cuerpos crispados de dos nenas. Desgarradas de miedos. El cerdo por su parte se instala. Una de sus manos sujeta el control remoto. El dedo índice gira alrededor de un botón. La otra está sobre el muslo de una de sus hijas. Depositada. Como por descuido. Húmeda. El padre tiene conciencia de la distancia entre su pierna y la rodilla de la más pequeña. De lo que separa el eje de su palma de las medibachas floreadas. Y esa brecha entre el dobladillo del vestido y el sexo caliente de su hija. Como un espacio de tensión que le bastaría con traspasar para que su mundo, por fin, esté a la altura de su violencia.

La madre se fue convenciendo con el correr de los años. Convenciendo hasta en las fibras maternas. El incesto solo existe si hay contacto. Que sus hijas-perras inflen de sangre el sexo de su marido no le preocupa. Siempre y cuando no haya orificio penetrado. No habrá de qué inquietarse. No habrá razón para intervenir. Pero bueno. Algo hay que darle. Papá no nos violó. Gracias, mamá.

Inventé un recuerdo de infancia. De cabo a rabo. Como si necesitara que nadie conociera del todo la naturaleza exacta de mi sufrimiento. Que hubiera una pieza inamovible en el rompecabezas. Hay un acierto biográfico más grande en ese trozo de mentira, de ficción, que en las reconstituciones. Y si un día me leyeran. Si me leyeran, sostendría ese falso recuerdo con más convicción aún que los demás. Hasta diría que es el único verídico que nos haya ocurrido de veras.

Ambas lo sabemos muy bien. Las palabras no son amparo. Cuando él empieza a pegar. Es inútil suplicar. No hay más que esperar. Sumidas en la ardiente esperanza de que termine lo más pronto posible. Esperar. Como una bestia, agoniza en plena ruta. Jadeante. En shock por la violencia del impacto. Antes de que otro auto le pase por encima.

Mi hermana y yo siempre dormimos juntas. En la misma cama. Pero un día, el padre decide separarnos. Compra un segundo colchón. Al anochecer, nos ubicamos una junto a la otra con el mayor sigilo posible. Cuando Papá Ogro lo descubre, se enfurece. Tiene una crisis, golpea los muebles con el puño. Amenaza con arrancarnos la cabeza. Unas semanas después, una cama marinera impera en el centro de la habitación. Para irme a dormir, debo trepar por una escalera de metal blanco. Pero una vez que se apagan las luces, vuelvo a bajar por los barrotes con mi almohada bajo el brazo. Al mes siguiente, mi padre entra súbitamente en el cuarto y enciende la luz. ¡Juntá tus cosas! ¡Te vas de acá! Me instala en el cuarto de al lado. Y hace guardia al final del pasillo. Varios días seguidos. Hasta bien entrada la noche. Cosa de asegurarse de que nos quedáramos cada una por su lado.

Debemos acostarnos panza abajo. Una cerca de la otra y en silencio. Debemos bajarnos los pantalones. Entre los golpes y su ira, hagan que su brazo se agote.

Quisiera cogerme a todos los hombres con barba de la Tierra. Inmovilizar sus pálidos cuerpos entre mis muslos. Sobre la alfombra desgastada de algún telo. Darles golpes de pelvis bruscos y rápidos. Y miraría. En el centro de sus pequeñas pupilas dilatadas mis tetas bamboleando. Mis dedos flacos aferrados alrededor de sus cuellos. Quisiera que en el momento de mi orgasmo ese hombre, o algún otro en algún otro lugar del mundo, muera. Quisiera que hubiera un nexo de causa-efecto entre los espasmos de mi sexo húmedo y el corazón masculino. Que el hombre se retuerza y se comprima de dolor en el mismísimo instante en que mi sexo se aspira a sí mismo en medio de sobresaltos de placer. Quisiera oírlos desmoronarse sobre el parqué, las veredas. Que se tiren por las ventanas de todas las torres de oficinas. Quisiera que los hombres se desplomaran masivamente ante mis aullidos roncos. Cuerpos en caída libre con cada uno de mis orgasmos. Que se consuman en los hervores de mi sangre. Sería la única venganza posible. Que todos los hombres que me coja mueran. Un día, me montaré a uno con tanta ira que será mi padre el que muera en su cama.

El padre prometió durante la cena que mi hermana iba a cobrar. Su nena es una descarada. Tendrá que correr rápido para escaparle al canto de sus articulaciones. La atrapa cerca de la escalera. Es inútil gritarle a la madre para que intervenga. Bien sabemos mi hermana y yo qué les pasa a las hijas que llaman a su madre a los gritos. Caen en el olvido. Les roban los deseos a los muertos. Callate, hermana. Triturate la garganta entre golpe y golpe. La madre no tolera el griterío.

Escribo sobre mi hermana menor como si nunca hubiera tenido otras hermanas, otros hermanos. Éramos nueve hijos. Nueve vidas quebrantadas cada una a su manera por el mismo monstruo de dos cabezas. Denunciar a nuestros padres nos costó a ambas siete hermanos y hermanas.

Tal vez habría sido práctico para la madre, tal vez le habría caído como anillo al dedo que alguna de sus hijas muriera. Habría podido reivindicar con mayor legitimidad su estatuto de víctima. Y una boca menos que alimentar tampoco le habría disgustado. Entonces, desliza algún que otro grito: ¡soltala, soltala, la vas a matar! También lágrimas: ¡querido, pará! ¡Pará! Pero no hace ningún gesto, no. Colgarse de la espalda de su marido habría podido afectar la cadencia de los golpes. Empujarlo, interponerse, reventarle un ojo, plantarle un cuchillo de cocina en el hombro o en el muslo, también. Arrojarse sobre el teléfono habría desviado la atención del padre, lo habría distraído de su ira. Igual que lanzarle una silla, una lámpara o la pila de platos polvorientos de la tercera repisa del aparador. A menos de un metro de su mano izquierda. En lugar de eso, la madre conserva los brazos quietos a lo largo de su cuerpo. Inmóviles. O se tritura los dedos. Sus pies están en el suelo. Anclados. No siente bajo sus plantas la mordedura de la cerámica fría. Importante para que el cuerpo olvide que tiene todo lo necesario para moverse, desplazarse. La madre más bien comprime el diafragma. Lo cual permite que las lágrimas fluyan con abundancia en el momento de chillar para que se me perdone la vida. Eso también es importante. Por si me salvo.

Es una noche de tormenta. Una gris llovizna repiquetea contra las ventanas. La iluminación titila. El padre quiere jugar. Su juego predilecto es La travesía. Mi hermana es la elegida. Debe caminar de una pared a otra de su cuarto. Debe imaginarse un alambre extendido bajo sus talones. Y un oscuro precipicio en lugar de la alfombra. Un gran hoyo profundo de un azul negruzco y amenazante. El padre está sentado sobre la cama o en una silla. Observa a su hija desfilar ante sus pupilas eréctiles. La espera con la palma abierta.

La regla es simple. Hay que permanecer sentado y golpear. Golpear a la niña cuando llega frente a uno. El desafío consiste en medir las propias fuerzas. Marcar la piel con ronchas rojas. Sin demasiada potencia. Si la nena se cae o detiene su ímpetu, el juego terminará. El placer radica en la sorpresa. Detrás de la cabeza o en la mejilla o las nalgas quizá el omóplato o la parte superior del cráneo puñetazo en el hombro o arrancar un pelo pellizcar torcer la piel de la panza o del brazo. Cuándo golpeará. ¿Al comienzo? Quizá esperar hasta el último segundo. Cosa que ella crea que zafó. Esa vez.

Obviamente, mi hermana debe contener las lágrimas. Llorar cuando Papá Ogro pretende divertirse es peligroso. Lo que él persigue es el miedo. Única desfiguración autorizada. No hay como boca abierta, latido temporal y dermis arrugada para que se le pare.

Lo que quisiera escribir si tuviera la valentía necesaria:

1) La semejanza entre mi padre y mi primer novio. La manera que tenían ambos de disfrazar su odio en amor. El deseo de ambos, similar, de dañarme. Soy yo la incestuosa. Soy yo el monstruo.

2) Todas las veces en las que fui mi madre. En las que permanecí muda e inmóvil ante la visión de un cuerpo enroscado bajo los golpes. Seguramente me dijera a mí misma mejor que sea ese cuerpo y no el mío. Cargo con esa falta. Y recibiré el doble de los golpes a lo largo de toda mi vida. Cada uno de ellos como un castigo merecido, un destino. Los hombres violentos son fáciles de encontrar.

3) El terrible miedo que siento de ser una pedófila. Miedo de experimentar un día, en presencia de una niña pequeña, la urgencia de la violencia, un deseo. O peor, de consumar el acto. De atravesar del otro lado del horror. Si tuviera que llevar los genes del padre, me quitaría la vida. Lo prometo.

4) Ese deseo inconfesable, paradójico, de nunca estar mejor. De que los dolores no se apaguen. De que el miedo persista en mi carne, mis huesos. Las crisis y los enojos. Las violaciones y las mordeduras. Como un sinnúmero de pruebas de que no inventé nada. Todo para poder continuar leyendo en los moretones y los rechazos las marcas concretas de una infancia que no fue tal. Quisiera más cicatrices aún. Más rastros de piel decolorada que ningún rayo solar pueda

alguna vez oscurecer. Quisiera que me crean.

Todavía hay un agujero en la pared del baño del segundo piso como prueba. Del mismo grosor que mi cabeza cuando tenía ocho años. Pero ya dije que no escribiría sobre aquel día.

El día que pronuncié por primera vez en voz alta la palabra violencia, la palabra sádico, la palabra terror, unos hombres de mi familia vinieron a golpear a mi puerta. Llamaron por la noche. Tuve que contarle a un uniformado las palabras amenazas de muerte, intimidación, y repetí violencia. Tuve que mudarme. Lamento haber escrito que deseo matar a mi padre. Si llegara a ser asesinado con motivo de un robo fallido, otros hombres vendrían a golpear a mi puerta.

Una mañana, el padre se despierta de buen humor. Le explica a mi hermana que encontró una solución para ese temita de la perra que pediste. Qué divertido, se ríe. Es tan fácil. Cuando tengo un problema lo resuelvo durmiendo. La noche me trae todas las respuestas. Yo que vos me apuro para desayunar me apuro. Mi hermana se pondría a nadar de espaldas en su bol de cereales. Escupiría fuentes de leche por su boca en forma de corazón. De lo feliz que está. El padre la lleva en auto muy cerca de una casa que parece abandonada. Unas pancartas rojas pegadas a las ventanas indican Propiedad privada, Prohibida la venta ambulante, Peligro perro guardián. Quizá el padre vaya a comprarle el cachorro del perro guardián, piensa mi hermana. La apura empujándola por la nuca para que avance por el camino de tierra que serpentea hasta el patio trasero. El padre abre el pestillo de un cerco de metal. Quita las rejas. Y empuja a su hijita dentro del corral del perro. La puerta se vuelve a cerrar detrás de ella. Él se aleja unos pocos pasos. No vaya a ser que se pierda el espectáculo de un rostro aterrorizado. Se acaricia suavemente la barba con una mano abierta.

El perro ladra. Apostado sobre sus patas de oso a proximidad de la cucha. Orejas hacia atrás. Cola erizada. Destruye el aire. Puro diente canino, sobreexcitado, detecta el olor agriado del sudor.

Mi hermana tiene el gusto de su propia sangre en la boca. Está aterrada. Convencida de que el animal le arrancará la cara de un tarascón. Pero cuando este se decide a atacar. Los colmillos afuera, filosos. El padre se apresura a atrapar a su hija del cuello y la saca de ahí. Se inclina hasta su altura como para consolarla. Apoya sus manos en sus hombros. Papá Monstruo pregunta ¿todavía querés que te compre una perra?

Estoy celosa de todas esas mujeres que consiguen enamorarse de un hombre. ¿Cómo hacen? ¿Acaso no ven el peligro? ¿El riesgo para sus vidas? Quisiera gritar, gritarles que huyan, que no se dejen capturar. A los hombres, más vale cogérselos, acabar y dejarlos. Es más seguro.

Un sueño. En el baño del segundo piso. Mi madre está sentada frente al espejo. Garganta ajustada por varias vueltas de una espesa cuerda. La piel de su rostro está verdosa y cerosa. Sus ojos abiertos. Está muerta y es espantosa. Muerta y espantosa, mamá mirate al espejo.

El padre siempre se las ingenia para matar las alegrías. Mi hermana encuentra un cuis. Entre la pared del living y el sofá. El animal tiene la cola enrollada alrededor del cuerpo. Está temblando. Ella dice que quiere adoptarlo. El padre en cambio quiere matarlo. Como de costumbre. Baja al subsuelo. Sube con una tabla de madera. Mi hermana le suplica que lo deje vivo. Con las manos juntas delante del pecho, como rezando: Sé bueno, sé bueno, sé bueno. Podríamos soltarlo al aire libre en vez de eso. Darle una oportunidad. Una pequeña oportunidad de que encuentre a su familia. Yo puedo llevarlo al medio del potrero, te lo ruego, papá. Delante de la casa familiar, hay un gran terreno baldío. Es cierto que los cuises viven en las casas, pero también en el campo, en realidad, la mayoría viven en el campo. Él no le contesta. Pero menea la cabeza. Tira del sofá para alejarlo de la pared. Se inclina. Atrapa al bicho por la cola. Apenas se cierra la puerta, mi hermana corre a apostarse detrás de una ventana. Quiere presenciar la gran liberación. Mira al padre cruzar la ruta. Avanzar unos pasos por el terreno. Apoyar el cuis en el suelo. Y matarlo de tres tablazos. De regreso, el padre le explica. El primero duele. El segundo aturde. El tercero mata.

De qué sirve escribir cada episodio, cada violencia, cada sumisión. Nunca nadie podrá entender lo que fue crecer bajo el mismo techo que ese animal. Y por más que yo tuviera fotos para mostrar y registros de video y más y más fotos, hay que haberlo vivido en carne propia para entender. Soy del bando de las lisiadas. De esa gente que experimentó lo más cerca del corazón el desgarro del mundo. No creo en ninguna otra cosa que no sea la capacidad de los hombres para destruir.

A partir de nuestros catorce años. La disciplina en casa no debe contener más fuerza física. A partir de entonces, la madre le prohíbe al padre golpearnos. Estamos demasiado viejas. Podríamos hablar. Desde luego, está fuera de discusión que el padre se abstenga de darse sus gustos. Hará uso de su imaginación: privarnos de sueño, prohibirnos ir a orinar, hacernos correr cientos de vueltas alrededor de la casa, apagar la calefacción de nuestro cuarto en invierno, impedirnos beber nada. Todo para continuar ejerciendo su control. Viendo nuestros rostros deformados por el agotamiento, el dolor, la vergüenza. Todo para continuar recopilando imágenes con las cuales masturbarse por la noche.

Recién podré morirme después de haber ido a escupir sobre la tumba de mi padre.

De adulta, una amiga me dice que no tiene de qué quejarse. Que sus padres habían sido amorosos. Amorosos. Padres amorosos. No sabía que esas dos palabras podían ir juntas. Nadie me lo había informado. Sentí un desgarro. Un gusto a sangre. Padres amorosos en loop durante semanas. No es posible. Tiene que haber mentido. ¿En qué plano de la realidad podría existir eso? ¿Y además qué quiere decir? ¿Qué es lo que no recibí? Yo que creía acordarme de todo. No sé nada de lo que me faltó. Una nueva herida se abre. Cava su propio camino bajo mi piel. Fisura aquello que me quedaba de paz. El nuevo desconsuelo florece en el centro del agujero. Se esparce de una orilla a otra de la lastimadura. Las zarzas crecen y perforan mis órganos internos. Mi vientre deviene en el jardín de un cuerpo ajeno. Un organismo no identificado y amenazante. Tendré que sobrevivir a ese dato novedoso. Pero ya he sobrevivido a tanta, tanta violencia. No doy más de los duelos y las luchas. De las lágrimas y los ataques. El cansancio de toda una vida me azota con toda su fuerza. De pronto, quisiera no haber nacido nunca, con la misma furia que quisiera no haber oído nunca a mi amiga narrándome su infancia.

Mi hermana está del otro lado de la pared, en su cuarto. Emite aullidos estridentes. Sus quejidos se tornan salvajes. Los latidos furiosos. Su corazón como puertas que se cierran de golpe. Bajo la caja toráxica, detrás de la nuca, contra sus tímpanos, puertas que se cierran de golpe. No es que la fuerza de los impactos haya aumentado. Ni que la piel se haya agrietado. Sino un dolor constante en intensidad. Un dolor concentrado en un solo punto preciso del cuerpo. Enseguida se torna intolerable. Sus vías respiratorias se abren. De una vez. Inspira. Una gran bocanada ruidosa, desesperada de aire. Su torso se despliega. Hinchado de oxígeno, de sangre, de lágrimas. Imagino su boca abierta de par en par. Lista para tragarse el techo y las estrellas.

Siempre me parecieron idiotas todos esos niños que se pelan la garganta gritando porque piensan que hay sombras agazapadas debajo de las camas o en los placares. Yo sé dónde duermen los monstruos por la noche. Sé exactamente dónde.

Esperé con terror. Toda mi infancia. Que mi padre ingresara en mi cuarto de noche. Todavía estoy esperando esa violación que me prometió a mis doce años y que nunca sucedió. De adulta, les diré no a los hombres en pleno acto, seguiré a desconocidos en estado catatónico hasta sus departamentos finolis, cruzaré grupos de hombres en playas desiertas. Lo ideal hubiera sido que fueran varios y que se turnaran. Hubiera querido salir temblorosa de un cuarto cualquiera con heridas en la espalda. Me imaginaba mostrándole las marcas inflamadas de carne machucada. Que supiera que yo había sobrevivido. Que podrían haber sido sus dientes los que trituraran mi piel, sus propios dedos apretándome la tráquea, su propio odio clavado a los tumbos entre mis muslos blandos, y que yo igual habría sobrevivido. Ves, papá, ves cómo se puede forzar la entrada a mi cuerpo y desollarlo, ves todas esas heridas que se convertirán en cicatrices, observá bien mis ojos tristes y enojados: soy la misma mujer me hayas sodomizado a la fuerza, o no. Perseguiré esa violación prometida en otros brazos. Y cuando un hombre, el primero de una larga serie, haya mantenido mi cara hundida en la almohada, me haya arrancado el sexo, experimentaré en el reflujo del dolor y la humillación un inmenso alivio. Un sentimiento de salvación. Al final, habrá sido mucho mejor ser violada por amantes durante la adultez que padecer los vejámenes de mi padre a los doce años de edad.

No logro escribir con suficiente odio. ¿Qué me va a pasar si este texto no basta para matarlo?

En mi familia, está prohibido contestar. Cuando la cuchilla de la última palabra paterna cae, nuestras cabezas deben rodar por el piso. Una cabeza seccionada no habla. No replica. Pero una vez, yo le contesté. Una sola vez. Aquel día, el que tuvo miedo de mí fue él, no a la inversa. Es mi más hermoso recuerdo de la infancia.

Como no estoy lavando los platos lo suficientemente rápido para su gusto, el padre barre hacia el piso todo lo que está apoyado sobre la mesada de la cocina. Los utensilios, las salsas y los cuchillos vuelan por los aires. Los platos se estrellan a su alrededor. Los restos de comida fría salpican las paredes. Una cacerola vacía y varias espátulas caen desordenadas sobre las baldosas. Él espera a que el estruendo se acalle. Que el vaso ruede hasta la puerta de la heladera. Yo seré la próxima desparramada por el suelo si no acelero el ritmo. Me levantás ya mismo el desastre que acabo de hacer por culpa tuya me levantás. Me vigila. Estoy petrificada. Me aferro a mi columna vertebral. Elevo la cabeza desde la punta de la nuca. Clavo mis ojos en los suyos. Y digo ¡no! Digo no a pesar de mi carcasa que tiembla. Pese a su odio, que súbitamente se acerca un paso más. Pese a sus músculos que se hinchan de forma patente. Entre dos castañeteos de dientes. Y con el tono desafiante de una loca que se sabe condenada. Le suelto a los gritos ¡vos fuiste el que tiró todo al piso, vos sos el que lo vas a levantar!

En las sombras del padre, la madre se lleva la mano hasta su boca abierta. Acabo de firmar mi sentencia de muerte. Pero curiosamente Papá Ira no reacciona. No me agarra de la garganta. Tampoco me acribilla de golpes. Mientras la madre se arrodilla delante de los platos rotos, él sale de la cocina. Abre la puerta de calle. Se trepa al auto y arranca a toda velocidad. En toda su vida, fui la única que se le plantó.

Hubiera querido escribir una novela sobre mi infancia con páginas y más páginas repletas de escritura. Sin espacios en blanco, sin pausas ni silencios. Que se entienda bien todo el barullo que le genera a un corazón el miedo a morir.

Al padre le encanta describirnos qué nos haría, si pudiera. En cuatro patas. Sobre la mesa de la cocina. Para no tener que agacharse. Una al lado de la otra. Desnudas. Nos pediría que separáramos las rodillas. Que redondeáramos el trasero. Quiere que tengamos en mente. Que en todo momento, si él pudiera. Nos clavaría una espátula de madera en el ano. Le excita que no dejemos de temer por nuestra seguridad. Le excita que conozcamos con precisión sus fantasías de dolor y sangre. Muchas veces mira videos que filman operaciones quirúrgicas. En erección.

Varias veces por mes, en plena noche, la madre se despierta dando un grito de muerte. Mi hermana y yo la oímos desde nuestras habitaciones. Por la mañana, cuenta su pesadilla. Siempre la misma. Un hombre al que no reconoce sale de su placar. Avanza hacia ella con un cuchillo en mano. Ella quiere huir. Abre la puerta del cuarto, pero de inmediato se encuentra detrás de un gran ventanal. ¡Te veo! ¡Estás del otro lado del vidrio, te estás desangrando! Golpeo, grito, lloro… Siento que te estás muriendo, pero no puedo hacer nada. Se despierta a los gritos en el momento en que el hombre le apoya una mano sobre el hombro.

Quisiera continuar escribiendo. Escribiendo los temblores de la piel, las quemaduras por el frío y el cariz de nuestras pesadillas. Quisiera relatar la infancia de mi hermano más golpeado. Perdonarle su propia violencia. Perdonarle el no haber podido incendiar la casa. Tendrías que haber prendido fuego el árbol, hermano, en lugar de los atados de leña.

Quisiera no parar de escribir nunca. Escribir nuestras tentativas de fuga frustradas, pero también ese juego en el cual los seis menores pretendíamos ser una familia.

Nuestro catálogo

Nos gustaría que conocieras el resto de nuestros libros, los recorridos de lecturas posibles y las ideas que nos interesaron.

NO FICCIÓN

Doce pruebas de la inexistencia de Dios Sébastien Faure

El Falansterio Charles Fourier

El marxismo y la filosofía del lenguaje Valentín N. Volóshinov

Las maniobras del Vaticano Antonio Gramsci

Apocalipsis Karl Kraus

Teoría de la novela György Lukács

La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica Walter Benjamin

Lo cómico, la risa, la crítica. La parodia como ejercicio crítico en la revista Barcelona Hernán López Winne

Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades María Alicia Gutiérrez (comp.)

Diario de Moscú Walter Benjamin

La risa Henri Bergson

Feminismos y poscolonialidad Karina Bidaseca y Vanesa Vazquez Laba (comps.)

El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo Christian Ferrer

Lectura y crítica Raymond Williams

Postales femeninas desde el fin del mundo Karina Bidaseca y Marta

Sierra

El resto indivisible Slavoj Žižek

Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social Simone Weil

Qué cómico resultaba cuando era un muñeco Guillermo Piro

La Argentina estrábica Gustavo Varela

Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas Christian Ferrer

Ensayos sobre los griegos Friedrich Nietzsche

Legados, genealogías y memorias poscoloniales Karina Bidaseca

Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos José Garriga Zucal (comp.)

Un género culpable Eduardo Grüner

La descomposición del marxismo Georges Sorel

Escritos sobre educación y política José Carlos Mariátegui

Artículos sobre Irlanda Jenny Marx

El manifiesto de los plebeyos y otros escritos Gracchus Babeuf

Ensayo sobre el origen de las lenguas Jean-Jacques Rousseau

Cadáveres frescos Horacio Quiroga

Tres Guineas Virginia Woolf

El papel del trabajo en la transformación del mono

en hombre Friedrich Engels

Las artes decorativas Oscar Wilde

La ficción calculada 2 Luis Gusmán

Correspondencia Auerbach-Benjamin

Erich Auerbach & Walter Benjamin

El surrealismo de hoy Tristan Tzara

Arte, literatura, revolución Mao Tse-Tung

Ensayos quemados en Chile Ariel Dorfman

Los estudios culturales Fredric Jameson

Ojos brujos. Fábulas de amor en la cultura de masas

Martín Kohan

La construcción de lo político en Julio Cortázar Carolina Orloff

Marcel antes de Proust Marcel Proust

La permanencia en lo negativo Slavoj Žižek

Barthes: un sujeto incierto Luis Gusmán

La insurrección en Dublín James Stephens

Una vida sin principios Henry David Thoreau

Familias póstumas Marcos Zangrandi

El fin de las pequeñas historias Eduardo Grüner

La política del modernismo Raymond Williams

Los pobres son la fuerza Ricardo Flores Magón

Feminismos y poscolonialidad 2 Karina Bidaseca (comp.)

Estrés y libertad Peter Sloterdijk

Caminantes. Flâneurs, paseantes, walkmans, vagabundos, peregrinos

Edgardo Scott

Un mensaje sin código Roland Barthes

Contra la tentación populista Slavoj Žižek

Summa technologiae Stanisław Lem

La lengua en disputa Beatriz Sarlo y Santiago Kalinowski

Maestros de la escritura Liliana Villanueva

Tecnología, guerra y fascismo Herbert Marcuse

1917 Martín Kohan

El 30 de febrero y otras curiosidades sobre la medición del tiempo Olivier Marchon

Angustia Renata Salecl

Esas imbéciles moscas Luis Gusmán

Literatura de izquierda Damián Tabarovsky

Thoreau, el salvaje Michel Onfray

La filosofía de las barbas Thomas S. Gowing

Generar a Dios Massimo Cacciari

Lem. Una vida fuera de este mundo Wojciech Orliński

Atlas de micronaciones Graziano Graziani

Fobocracia Peter Sloterdijk

Me acuerdo Martín Kohan

El meridiano de París Lluís Calvo

El placer de la transgresión Renata Salecl

Rarezas geográficas Olivier Marchon

Silencio John Biguenet

La noche y la luz de la Luna Henry David Thoreau

Incandescente Anna Levin

Mamá desobediente. Una mirada feminista

de la maternidad Esther Vivas

Chocolate sin grasa Slavoj Žižek

Las epidemias políticas Peter Sloterdijk

Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres Leslie Kern

Biblioteca bizarra Eduardo Halfon

¡Goza tu síntoma! Slavoj Žižek

Utopías biopolíticas. Actualidad del pensamiento de Michel Foucault Gabriela D'Odorico (coord.)

Hachís Walter Benjamin

Apuntes sobre la supresión general de los partidos políticos Simone Weil

Tenés derecho a permanecer gorda Virgie Tovar

Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia Bård Borch Michalsen

Contacto. Un collage de los gestos perdidos Edgardo Scott

FICCIÓN

Andar ligero Emilce Strucchi

Flatland Edwin Abbott Abbott

Cuentos completos Virginia Woolf

Giacomo Joyce James Joyce

Ictiandro, el hombre anfibio Alexander Beliaev

La suma de los ceros Eduardo Rabasa

Atrapamoscas Robert Musil

Una partida de ajedrez Stefan Zweig

Vidas imaginarias Marcel Schwob

El innombrable Samuel Beckett

Molloy Samuel Beckett

Malone muere Samuel Beckett

Flaperas y filósofos Francis Scott Fitzgerald

Fall river John Cheever

Cinta negra Eduardo Rabasa

Sartre. Existencia y libertades Mathilde Ramadier

Mi abandono Peter Rock

Zazie en el metro Raymond Queneau

Dublineses James Joyce

Carta de una desconocida Stefan Zweig

Los ojos del hermano eterno Stefan Zweig

El candelabro enterrado Stefan Zweig

Mendel, el de los libros Stefan Zweig

Veinticuatro horas en la vida de una mujer

Stefan Zweig

Klickitat Peter Rock

Queremos hacer libros cada vez mejores, para eso necesitamos saber qué pensás.

Envianos un mail y contanos tu parecer

info@edicionesgodot.com.ar

O respondé una breve encuesta:

bitly.com/edgodot

Si el libro te gustó mucho, te agradecemos que lo recomiendes.

Libro compuesto en tipografías Spectral (Production Type

) y EB Garamond (Georg Duffner) distribuidas bajo licencia OFL

. Roboto Condensed, Copyright 2017, Christian Robertson,
distribuida bajo licencia Apache v2.0

.

Notas al pie

1

. Referencia a Aurore Gagnon, una niña canadiense víctima de maltrato infantil que murió por envenenamiento a comienzos del siglo XX. [N. de la T.]